

Eje III: “Creación o imitación”.

Arte, cultura y comunicación en América Latina

Mesa 12: Comunicación, cultura y digitalización

Título de la ponencia: **Construcción de hegemonía y batalla cultural**

Autora: **Mónica Virasoro**

Resumen

Esta exposición tendrá una parte más teórica, esto es, más atenta a un marco conceptual y un segundo momento donde desde este, se buscará anclar en nuestro momento actual. Me propongo una deriva desde Marx a nuestros días atravesando el pensamiento de algunos posmarxistas que apuntaron sino a corregir, a aggiornar, actualizar, algunos de sus postulados con una orientación más nacional popular pero aún diría yo más tercermundista o latinoamericanista.

Veamos sucintamente en qué punto dejó Marx algunas cuestiones que aquí nos interesan. El desarrollo de la tecnología impulsó grandes transformaciones que incidieron en los medios de producción, el régimen de propiedad y las relaciones de producción, dando lugar al pasaje del modo de producción feudal al capitalista. Este último va dar lugar al enfrentamiento de dos fuerzas antagónicas, burguesía y proletariado las que en razón del crecimiento de las contradicciones y las crisis permanentes daría lugar al fin del Ko, el asalto al poder del proletariado y el surgimiento del socialismo. La cosa es mucho más compleja pero lo resumo así para avanzar hacia nuestro tema y centrarme en dos o tres puntos que van a ser, a partir de los años 70, el eje de largos debates. Por una parte la perspectiva economicista, la idea de que la infraestructura o base económica es determinante de la superestructura, esto es, de todo el armado ideológico. La idea de una progresiva homogenización de la sociedad reducida a dos grandes clases. La idea que abona cierto esencialismo, de un sujeto protagonista de la historia destinado a hacer la revolución. Trataremos entonces de trazar la deriva de estos debates y su especial interés para analizar nuestra actual coyuntura. Para ello nos vamos a referir en primer lugar a los aportes de Gramsci quien en una de las versiones del posmarxismo pone en cuestión el determinismo económico y el esencialismo. Luego nos referiremos a Laclau quien tomando la posta de Gramsci va

a crear toda una sinonimia que funciona como guía de análisis para interpretar nuestras realidades latinoamericanas.

Comencemos entonces con Gramsci

¿Cuál es su aporte, su novedad? Gramsci está pensando en un contexto histórico, aquel en que la unidad del proletariado se mostraba problemática. En el caso específico de Italia, en una coyuntura, donde se daba la necesidad de ampliar las bases del campo popular a través una alianza con el campesinado.

En ese contexto y contra de los economicistas que sólo consideran la acción obrera como demanda salarial y de condiciones de trabajo, va a poner el acento en la necesidad de abandonar el corporativismo, y abordar un trabajo teórico permanente para la formación de la conciencia de clase. Rechazando todo tipo de determinismo, entiende que la influencia de una clase sobre otra, no es totalmente impositiva, las clases dominantes gobiernan también a través del diálogo, de la persuasión y siempre se da cierta negociación o consentimiento de los grupos subalternos. Por supuesto que estamos hablando de una sociedad democrática, donde no se gobierna sólo por la fuerza.. Así Gramsci va a destacar el tema del consenso, lo que supone también cambiar la forma de lucha, que ya no será a través de la fuerza, sino de la formación, y por tanto a largo plazo. Esto es especialmente interesante para Latinoamérica donde todo está por hacer y no pesan tanto los dogmatismos de uno u otro lado.

Y ¿dónde se produce esta negociación? En la escuela, en el campo de la cultura, en la arena política. Lo interesante de este planteo es que con él llega Gramsci al concepto de hegemonía que distingue de dominación ya que esta no se apoya en la coerción y la fuerza física sino en el consentimiento. De hecho, el concepto de hegemonía conlleva una idea opuesta a la idea marxista tradicional de asalto al poder. ¿Por qué? Porque supone consenso, un consenso que se va ganando estratégicamente en una guerra de posiciones. Una clase que impone al resto una cosmovisión, un sistema de significados propios, se trata entonces de hegemonía cultural que actúa mediante la educación, la religión, los medios. Todos estos componen los llamados aparatos ideológicos que educan a los dominados para que conciban ese sometimiento como algo natural. De este modo las clases dominantes logran un liderazgo político y moral y el status quo se conserva gracias al consentimiento.

Pareciera entonces que esto lleva a una neutralización de la capacidad revolucionaria de las clases populares; pero Gramsci acota que esto no es estructural sino que siempre se producen choques y conflictos. La hegemonía nunca es un producto acabado sino que genera luchas y rupturas que resignifican prácticas y sentidos y así permite que se formen movimientos antihegemónicos como huelgas, demandas, literatura, canciones, todos ellos en pugna en torno a la creación de sentido.

La realidad entonces no es estática sino que se halla en un permanente juego de movimientos contrahegémicos. Estos son los puntos centrales de las derivas gramscianas.

Ahora bien, la obra de Gramsci se hace conocida en Argentina y AL a partir de los años 60- 70 en ocasión de lo que se entiende como crisis del marxismo, tanto en la práctica, por las derrotas del movimiento obrero y, como en la teoría. Todo decía que no se iba a cumplir la predicción marxista de la caída del capitalismo. Este por el contrario se mostraba cada vez más capaz de resistencia. En este contexto surge un amplio debate que trata de pensar la transformación o emancipación, en el marco de la nueva forma de dominación capitalista neoliberal. En Argentina y América Latina este debate coincide con la aparición de algunos gobiernos populistas.

Ahora nos vamos a ocupar de uno de estos pensadores cuya obra tuvo especial importancia en este debate, Ernesto Laclau.

Enfocamos en Laclau porque su análisis de la razón populista, en el libro así titulado, que apareció en esos momentos en que decíamos habían surgido en nuestra región varios gobiernos populistas, es el que mejor permite abordar nuestro momento actual en su singularidad y en su vinculación con otros procesos latinoamericanos. De su argumento interesa particularmente la sinonimia que establece entre populismo, política, construcción de un pueblo, y operación hegemónica- un grupo de significantes que parecen ser clave para el abordaje del país y la región.

Se impone entonces la pregunta de por qué son sinónimos. El punto de partida de Laclau es la pregunta de cómo se construye un pueblo, o sea, cómo se crea una identidad popular, pregunta que en su desarrollo hará visible esa equivalencia entre: “operación hegemónica”, “política”, “populismo”, todos ellos significantes claves para el abordaje del país y la región.

Desde una lógica populista Laclau explica cómo se construye hegemonía. En toda sociedad existen demandas particulares que son tratadas aisladamente y terminan por ser satisfechas, absorbidas por las instituciones. Otras en cambio quedan insatisfechas y cuando llegan a un cierto número pueden constituir una cadena de equivalencias y concentrarse en una demanda que funciona como significante vacío que puede ser llenado con cualquier consigna. Esto es lo que Laclau llama articulación política ya que las demandas encadenadas no constituyen un concepto, no tienen nada en común, es un puro nombre, un acto político, un acontecimiento que delimita un grupo y establece una frontera que lo separa del Otro, aparece un nosotros y un ellos, en una operación de homologación de lo heterogéneo. Es como aquello que se expresa en la frase “no los une el amor sino el espanto”, o sea, la oposición al Otro, sea este la oligarquía, el sistema, el neoliberalismo.

Un ejemplo de Laclau es el movimiento Solidaridad de Polonia, una articulación de demandas heterogéneas -sobre libertades religiosas, civiles, de expresión – que se

vuelven equivalentes al agruparse bajo el significante vacío de Solidaridad. Otro ejemplo puede ser lo ocurrido en Chile en 2019, esto es la serie de movimientos de protesta que se sucedieron ininterrumpidamente desde el 18 octubre al 15 de noviembre.

Lo interesante de este enfoque de raigambre claramente gramsciana es que se aleja de todo tipo de esencialismo, no hay nada previo a esta operación hegemónica, no hay un pueblo preexistente sino que este es constituido en la marcha de esa misma operación como producto de articulaciones políticas contingentes que a su vez produce esa delimitación de dos campos antagónicos en un nosotros y un ellos. El alejamiento de todo esencialismo pone en diálogo y confronta esta mirada con otros enfoques como el marxismo clásico permitiendo ver en qué medida es más apta para analizar y comprender los fenómenos populistas en América Latina a la vez que tomar distancia de ciertos conceptos en que se empantanar esos análisis. En primer lugar el concepto de clase la que en tanto definida por su inserción en el proceso productivo estaría como fijada en una posición, y ligada a un destino dependiente de leyes necesarias.

Así como no hay pueblo sino algo a construir en una guerra de posiciones según términos de Gramsci, con movimientos contingentes y configuraciones inestables, tampoco hay sujeto privilegiado que realice un destino, ni determinación en última instancia de la marcha de la historia por parte de la estructura económica. Sólo hay demandas insatisfechas que se articulan políticamente y conforman una voluntad colectiva que no depende de su posición en la estructura económica sino de su ideología. Ideología, no en sentido marxista de falsa conciencia o superestructura sino como materialidad, que se encarna en aparatos, instituciones, relatos y suelda la unidad de un pueblo. Así nos alejamos de la clásica relación estructura superestructura que tantos rompecabezas ha provocado para el análisis de sociedades en desarrollo. No hay determinación de una por la otra sino una relación de reciprocidad que los elementos sociales han perdido la conexión esencial, No hay sujeto de la historia, tampoco hay una clase que tome el poder sino un pueblo que deviene poder.

En esto consiste la construcción política de un pueblo, sinónimo de operación hegemónica con resultado siempre inestable ya que esa entidad “pueblo” puede por momentos diluirse en la anomia del individuo fragmentado. Sinónimo también de populismo, no en tanto ideología de un grupo preexistente sino como forma de constituir la unidad y aunar voluntades bajo una consigna.

El juego que da nacimiento a un pueblo y a su lucha un carácter político consiste precisamente en ese movimiento permanente de reconfiguración de demandas y trazado de fronteras. A diferencia del socialismo, no se distingue entre luchas económicas y políticas; todas ellas son políticas y esto es lo que hace que el pueblo sea constantemente reinventado. A diferencia de lo sostenido por el marxismo las identidades políticas no dependen de su posición en las relaciones de producción porque nunca son anteriores a su articulación discursiva. No hay sustancia pueblo sobre la cual luego se imprima una ideología que le es consustancial. Pueblo e ideología se

construyen discursivamente en el mismo acto agonístico que articula sus demandas en lazos contingentes e inestables.

Tampoco se cierra esta operación en la pura aprehensión conceptual pues implica también esa dimensión afectiva, tan cara al populismo. Pasiones, identificaciones, lealtades, son los componentes básicos con los que se conforma el armado populista que no es del orden de lo “material” sino del orden del discurso fundado en los productos de la creatividad colectiva, es un puro nombre, un acto político. Y es ese imaginario social, fundado en mitos, relatos, consignas, cánticos producto de la creatividad colectiva, el que da lugar al nacimiento de un pueblo y lo sostiene en su existencia

El grupo se cohesionaba a través de ese rasgo común, que puede no tener ningún contenido positivo, ser tan sólo relación de oposición al “Otro” pues proviene de esa operación de homologación de lo heterogéneo por la que ese grupo, que es parte, asume la representación de la totalidad y se llena con cualquier significado flotante apareciendo así la palabra que da nombre a un acontecimiento. Es como aquello que se expresa en la frase “no los une el amor sino el espanto”, o sea, la oposición a otro, la diferencia.

Este ha sido el caso del primer peronismo donde la construcción de un campo popular es contemporánea de la constitución de una identidad colectiva que separa en dos campos antagónicos pueblo-oligarquía, descamisados-oligarquía. En el caso del kirchnerismo, ambos gobiernos se reflataron una serie de demandas que se hallaban dormidas contribuyendo de ese modo a la separación en dos campos antagónicos y al armado de un relato nacional y popular rubricado en consignas como la “patria es el otro”.

Ahora... La identificación del adversario también depende de un proceso paulatino de toma de conciencia que al separar en dos campos va forjando una serie de significantes privilegiados: régimen, oligarquía, trabajadores, pueblo, nación, medios concentrados, monopolio, consenso, diálogo, pluralismo, lawfare.

Partimos entonces de una heterogeneidad que se va agrupando en uno de los polos en razón de un rasgo común que puede ser solamente una hostilidad a lo “Otro” a lo que se enfrenta, algo como lo que hoy se expresa en la consigna “Unidad hasta que duela”.

Pueblo se va formando en la medida en que crezca la homogenización de las demandas pero no sin el armado de un relato sazonado de mitos, ideales, consignas, canciones en que se va forjando un imaginario colectivo. Así como es necesario la producción de bienes materiales para la reproducción de una formación social, así es necesario como dice Foucault la producción de bienes espirituales, valores, cultura.

En tanto entendido como sinónimo de lo político, el populismo opera en un terreno que no es el de la racionalidad sino el de las pasiones y en razón de ello se produce una inversión por la cual el lazo social, que en sus inicios estaba subordinado a las demandas heterogéneas reacciona sobre ellas y se transforma en su fundamento. Esto

equivale a decir que el elemento vinculante, en tanto identidad popular se define más por la dimensión pasional y la equivalencia que por la racionalidad de las demandas.

Es así como lo político, el populismo, la constitución de fronteras antagónicas, la construcción de un pueblo, son sinónimos. Es por eso que hoy adquiere vigencia las frases “todo tiene que ver con todo” y “todo es política”. Es por eso también que lo ideológico adquiere protagonismo.

Volvamos ahora al otro lado de la relación: el pueblo. Decíamos que una parte representa a la totalidad. ¿Qué significa esta identificación de la parte con el todo? Una serie de particularidades se han condensado en torno a una identidad popular, un denominador común. En esto consiste la operación hegemónica. No hay hegemonía sin la construcción de una identidad popular. Ocurre muchas veces que la demanda particular que se vuelve común, universal, comienza en ese mismo proceso a significar algo muy distinto de sí misma. Como decíamos antes con la palabra “solidaridad”, o la simple expresión Viva Perón, hay otros ejemplos

Laclau pone el ejemplo del reclamo de “mercado” en cierto momento en Europa del este, significó mucho más que un orden puramente económico, significó libertades civiles, fin del gobierno burocrático, ponerse a la altura de Occidente, etc. En nuestro caso tenemos ley de medios, retenciones. Pensemos todas las cosas que encierran esas palabras. Vemos hasta qué punto las demandas se resignifican con un sentido más amplio que las convierte en reclamos populares adquiriendo dimensión equivalencial. Hoy día guerra mediática, lucha por la ley de medios, contra el lawfare, deviene, lucha por un modelo nacional y popular. O bien podríamos decir la lucha nacional y popular se enriquece o se especifica, se determina, con la guerra por los medios. La importancia de esta resignificación puede apreciarse en el hecho en que esta amplificación de sentido no es una situación particular de nuestro país sino que se repite a nivel regional por lo cual en Venezuela hace poco se ha acuñado la expresión de “guerrillas mediáticas” que denuncian la importancia que hoy día tiene la conquista del poder mediático para el cambio revolucionario.

Agreguemos que a través de la resignificación de demandas la identidad popular se vuelve más plena desde un punto de vista extensivo ya que representa cada vez más demandas y más pobre desde el punto de vista intensivo porque debe despojarse de contenidos particulares a fin de abarcar más demandas. Este es el proceso por el cual las demandas pasan a ser políticas, o sea se despojan de su particularidad y se alinean bajo una misma causa, en el caso, la defensa del modelo nacional y popular y por añadidura ahora sudamericano y ojalá latinoamericanista. Dentro de ellas una demanda parcial la ley de medios se hace extensiva en razón del momento histórico tanto nacional como internacional en que la batalla por los medios se colocó en el centro de la escena política. En esta nuestra coyuntura se impone pues la batalla cultural, la recreación del sentido común, de valores compartidos, todo ello en el marco de un modelo nacional y popular.



I Congreso del Pensamiento Nacional Latinoamericano
8, 9 y 10 de junio de 2023
Universidad Nacional de Lanús (UNLa)
Lanús, Provincia de Buenos Aires, Argentina